

## **AL RESCATE DE EUROPA**

Las noticias de todo el mundo -América, Asia, Australia, África- hablan mucho de Europa últimamente. La razón principal es la crisis de euro y los sucesivos rescates financieros que han tenido que articularse para encauzar los problemas de deuda soberana en Grecia, Irlanda y Portugal. La percepción de los ciudadanos no europeos que siguen la actualidad del continente con cierta distancia es que Europa está atravesando momentos difíciles, pero la impresión es que logrará salir de ellos. Aún hoy, Europa es considerada la cuna de la cultura occidental, el mejor aliado económico y militar de EE.UU. y, desde luego, un destino turístico único en el mundo, una especie de parque temático vivo donde se puede caminar sobre diversas etapas de la historia.

Sin embargo, cuando se analizan con detalle los retos a los que se enfrenta Europa en el corto y en el medio plazo, las razones para preocuparse aumentan, porque van mucho más allá de la crisis financiera y del gobierno de la moneda única. Mencionaré los que son más relevantes desde mi punto de vista:

En primer lugar, claro está, Europa tiene un problema económico de primera magnitud. No se trata solo de la crisis del euro, sino del modelo de crecimiento de futuro. Sin duda, si el euro desapareciera, el empobrecimiento de las economías periféricas sería mayúsculo y eso afectaría también a los

países centrales como Francia y Alemania. Debido al tamaño de la economía europea, el impacto mundial sería enorme y la Gran Recesión en la que entraron los países avanzados en 2007 se prolongaría de forma dramática. Los europeos parecen convencidos de que bajo ningún concepto se va a permitir que eso llegue a pasar, porque hay demasiado en juego como para dejar caer la moneda única, de modo que lo más probable es que la crisis del euro terminará resolviéndose con una reestructuración de la deuda pública de los países periféricos y con un nuevo reforzamiento de los mecanismos de gobierno económico.

En cualquier caso, una vez pasen los actuales agobios financieros, Europa tendrá que enfrentarse a una cuestión económica de mayor calado que lleva pendiente al menos una década: Europa tiene que decidir cómo va a recuperar su competitividad a nivel mundial, con respecto a EE.UU. y sobre todo frente al empuje de las potencias emergentes. Tiene que reflexionar acerca de cómo va a incrementar su productividad, su capacidad innovadora y su dinamismo emprendedor, así como acerca de cómo va a abordar la imprescindible reforma de su legislación laboral y de sus Estados de bienestar. Puesta en el contexto global, Europa tiene dos opciones: o logra que los demás asuman de forma rápida su modelo social como referente y meta al tiempo que experimentan su crecimiento económico, o

recorta su modelo para competir con países como China, India o Brasil en igualdad de condiciones.

El segundo reto es de orden geoestratégico. Durante décadas, los países que conforman Europa se ha podido permitir mantener separadamente posiciones propias, divergentes entre sí, en la mayoría de los asuntos de relevancia mundial. Así fue en la Guerra de Bosnia o en la segunda Guerra de Irak, y también lo fue en las primeras reuniones del G20, donde cada país hizo sus propuestas nacionales para responder al colapso bancario en cadena que provocó la caída de Lehman Brothers. Recientemente se han visto también posicionamientos dispares sobre la Primavera Árabe, y la intervención en Libia no constituye una respuesta europea conjunta. Sin embargo, si Europa quiere contar en el futuro con alguna capacidad de influencia real en los grandes asuntos globales relacionados con la seguridad, la lucha contra la pobreza, el cambio climático, la liberalización comercial, la estabilidad financiera o los movimientos migratorios, tendrá que hablar con una sola voz en la escena mundial. Eso supondrá, evidentemente, despojar de dimensión exterior a sus Estados-Nación, lo que probablemente llevará a su reconversión en Regiones-Estado, algo parecido a los Estados Unidos de América. Además, Europa tendrá que tomar decisiones drásticas en el seno de sus instituciones europeas para reducir la multiplicidad de actores, reforzar la figura de la Ministra de

Exteriores Europea, y fusionar la representación europea en la ONU en una sola silla.

Por encima de todo ello, incluso si esos dramáticos avances se lograran en un plazo razonable, aún quedaría por definir el papel estratégico que Europa quiere jugar en el mundo. En este sentido, no cabe duda de que el papel de Europa debería arrogarse tendría que erigirse sobre sus propias fortalezas y sobre las ventajas comparativas que ya tiene sobre otras partes del mundo. Por ejemplo, si EE.UU. se define a sí mismo como garante de la seguridad mundial y como la tierra de las oportunidades, Europa podría definirse como la intermediadora de los conflictos y la adalid de la lucha contra el cambio climático y la pobreza.

El tercer reto, el primero en importancia por su dimensión existencial, es el demográfico. La población europea envejece, y los grupos que envejecen de forma demasiado rápida terminan desapareciendo. Hoy, la media de edad en Europa es de más de 40 años, y casi el 18% de la población europea es mayor de 65 años (se espera que para 2060 sea ya el 30%). Países como Alemania ya han empezado a perder población, y en su conjunto, todas las proyecciones apuntan a que Europa necesitará 50 millones de nuevos habitantes (nacionales o inmigrantes en 2050) para mantener la capacidad productiva que tiene hoy. El reto es formidable porque es difícilmente resoluble. Las parejas europeas no tienen más hijos porque los horarios

laborales lo dificultan y los salarios en términos relativos han disminuido. Por algún motivo los gobiernos no están haciendo frente a este problema de forma apropiada, aun cuando tienen ante sí la prueba de que allí donde las condiciones laborales son más propicias (en los países nórdicos) la natalidad es notablemente superior.

Finalmente, Europa tiene que afrontar una revisión de primer orden de su sistema democrático. A nivel nacional, los ciudadanos están desencantados con la política, rechazan las estructuras cerradas de los partidos políticos y los sindicatos, no comparten la crispación y manipulación mediática permanente, y sienten que no tienen forma de influir en las decisiones colectivas, más allá de ejercer su derecho al voto cada 4-5 años. Cuando se han abierto nuevos cauces democráticos sobre la base de avances en el Gobierno Abierto o en los Presupuestos Participativos que han proliferado a nivel local por Europa, el entusiasmo ciudadano ha durado poco, y el enorme esfuerzo realizado por las administraciones ha sido pronto olvidado y por consiguiente su demanda ha desaparecido. A nivel supranacional la situación es peor, ya que el déficit democrático en Europa como conjunto de países es importante, y por ello un número creciente de ciudadanos europeos que no entiende para qué sirve el Parlamento de Bruselas si no puede elegir al Presidente de la Unión, y tampoco logra identificar la agenda real de unos partidos europeos que son poco más que

la suma heterogénea de distintos partidos con un enfoque puramente nacional. Y lo que es peor: los representantes que los partidos suelen enviar a Europa son los políticos más molestos, superfluos, viejos o simplemente *frikis* que pululan por sus sedes. Sin duda, Europa, que en la malograda y problemática Grecia tiene la cuna de la democracia, debe abordar la cuestión del gobierno europeo cuanto antes, porque ello le ayudará a resolver con legitimidad todos los problemas mencionados.

En definitiva, Europa se enfrenta a retos de gran profundidad, quizá más complejos que en otras partes del mundo, ya que es el continente con la democracia más antigua. Pero hay que ser optimista porque se enfrenta a esta etapa de transición desde una posición privilegiada: es un continente muy desarrollado económicamente, con profundas raíces democráticas, con algunos de los mejores intelectuales y políticos del mundo y con una probada capacidad para superar los enfrentamientos y las dificultades dentro y fuera de sus fronteras. Quizá los europeos se han olvidado de todo el potencial que esos factores tienen, pero quiero creer que serán suficientes para rescatar a Europa del laberinto existencial en el que anda atrapada.

AMY MARTIN